



Calacas alegóricas del sida. Taller de Gráfica Popular, México, 1997

La muerte y sus representaciones en México

PERSPECTIVAS DE ENFERMERAS Y MAESTRAS

Manuel Amezcua¹

Resumen Abstract

FUNDAMENTO: En la sociedad mexicana y en particular entre los profesionales que enseñan la enfermería se da un doble discurso sobre la muerte: la que considera su origen patológico y por tanto susceptible de tratarse institucionalmente, y la que se basa en el imaginario colectivo del mexicano, que incorpora concepciones cristianas con una cosmovisión de origen precolombino.

OBJETIVO: constatar el marco de referencia cultural que utilizan las docentes de enfermería en su discurso cotidiano, intentando responder a la pregunta ¿de qué hablan las maestras cuando se les pregunta sobre la muerte?.

DISEÑO: Estudio cualitativo de carácter descriptivo mediante relatos biográficos realizado en la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia de la Universidad Nacional Autónoma de México.

PARTICIPANTES y obtención de datos: nueve maestras de procedencias diferentes dentro de los estados del país que aportaron un relato escrito u oral de una vivencia sobre la muerte considerada importante en su vida.

ANÁLISIS: de tipo descriptivo del contenido de los relatos, obteniéndose tres categorías principales: descripción de costumbres sobre la muerte, expresión de su imaginario cultural y el fenómeno de la transmisión de conocimientos.

CONCLUSIONES: en el discurso de las maestras se anteponen las concepciones obtenidas de su particularismo cultural a las aportadas por el contexto biomédico en las que se hayan inmersas. Su pervivencia se entiende debido a la importancia que otorgan a la transmisión de los saberes tradicionales.

DEATH AND ITS REPRESENTATIONS IN MEXICO: PERSPECTIVES OF THE NURSES AND THE PROFESSORS

FUNDAMENT: In the Mexican society, and especially among the professionals teaching nursing studies, there is a double discourse concerning death. The first approach is the one that considers it from a pathological perspective and tries to institutionalize its treatment. On the other hand, the second approach is based in the collective imaginary, and incorporates the Christian conception and the pre-Columbian cosmivision.

OBJECTIVE: The objective of this study is to check the cultural reference frame used by the nursing professionals in their daily discourse. The question asked was: What do professors answer when asked about death?

DESIGN: It is a qualitative and descriptive study. The information obtained comes from biographic interviews that took place in the National School of Nursing and Obstetrics in the Universidad Nacional Autónoma in Mexico.

PARTICIPANTS and data gathering: Nine professors coming from different parts of the country participated in this study. They contributed with a written or oral story of an experience about death that they considered important in their lives.

¹Jefe de B. de Hospitalización. Hospital Universitario San Cecilio. Granada, España.

CORRESPONDENCIA: Manuel Amezcua. Apartado nº 734, 18080 Granada, España. Correo-e: indexcd@interbook.net

Manuscrito aceptado el 30.3.02

Index Enferm (Gran) 2002; 39:24-28

ANALYSIS: Description of the content of the stories structuring them in three main categories: description about death customs, the expression of their cultural imaginary and the phenomena of knowledge transfer.

CONCLUSIONS: in the professor's speech, the cultural traditions of the person were more present than the biomedical context in which they live. The survival of these traditions is still present due to the importance that they give to traditional knowledge.

Introducción

En el año 2001 y con motivo de una estancia académica en México, tuve la oportunidad de pasar las celebraciones de los difuntos en la capital y en Oaxaca, al sur de la República. Pude por tanto asistir a dos versiones muy diferentes de concebir una de las festividades más importantes para los mexicanos, la Fiesta del Día de Muertos. En la ciudad más poblada del planeta los días que rodean a la fiesta católica de Todos los Santos y Fieles Difuntos (1 y 2 de noviembre) se viven de una manera excepcional: las calaveras o *calacas* se apoderan de la ciudadanía en un ejercicio carnavalesco de trasgresión en el que se confunden la religiosidad popular, la espiritualidad, el ritual, la tradición oral, la burla, el humor y la crítica soterrada a todo lo divino y humano (Turok, 2000). En la ciudad colonial de Oaxaca, una de las de mayor presencia de comunidades indígenas del país, la celebración reviste un sentido de más convivencia y se desarrolla principalmente en torno al cementerio, donde el sincretismo entre el ritual católico y el precolombino ofrece muestras excepcionales de la diversidad de manifestaciones culturales que caracteriza al Día de Muertos: artesanías, música, ornamentación, culinaria y demás expresiones del ingenio popular (González Esperón, 1997).

La aparente contradicción con la que el mexicano contempla la muerte (pues le teme tanto, que se ríe de ella) ha seducido especialmente al llamado Primer Mundo, quizá debido al temor que aquí se le dispensa: la muerte, al margen de las concepciones religiosas, significa la terminación, el fracaso, la frustración, lo indeseable, y por tanto se adopta una actitud elusiva, de resistencia hasta sus últimas consecuencias, incluso hasta negar su desarrollo natural, convirtiéndola en un objeto asistible (Allué, 1985). En México se festeja la muerte y sus manifestaciones culturales las pude vivir intensamente llevado de la mano de un grupo de enfermeras con las que compartía

mis labores académicas, algunas de ellas me permitieron entrar en sus hogares y compartir sus creencias y ritos familiares. En contra de lo que a primera vista pudiera parecer, su condición de profesionales de la salud no les impidió mostrarme, o más bien sumergirme en un espacio festivo donde los límites de la muerte se traspasan en un trasiego entre el más acá y el más allá que inunda los espacios públicos y privados.

Son muchos los estudiosos que se han preocupado por conocer la particular forma con la que el pueblo mexicano tergiversa el significado tradicionalmente lúgubre que se atribuye a la muerte, dotándola de un sentido vitalista y lúdico que se manifiesta en el costumbrismo, en la literatura, en el arte, y del que existen numerosos testimonios en la historia y la arqueología (Manrique, 1994; Argüello y González, 2000; Zarauz, 2000). Sin embargo me llamó la atención la ausencia de estudios en el contexto de las ciencias de la salud que abordasen el problema de la muerte desde una perspectiva transcultural. Entre las maestras de la Escuela de Enfermería y Obstetricia de la Universidad Nacional Autónoma de México persisten sin apariencia de conflicto dos concepciones diferentes de la muerte: la propia de las sociedades industrializadas, que considera el origen "no natural" de la muerte, o sea, su causa patológica y por tanto susceptible de tratarse institucionalmente, que se muestra en los escritos de carácter técnico-profesional en torno a un especialidad emergente como es la tanatología (Cerezo, 2000), y por otra parte las concepciones tradicionales que les proporcionan sus referentes culturales, que se caracterizan por la diversidad a la que hemos aludido. El objetivo de este estudio fue precisamente constatar el marco de referencia cultural que utilizan las docentes de enfermería en su discurso cotidiano, intentando responder a la pregunta ¿de qué hablan las maestras cuando se les pregunta sobre la muerte?. La aproximación al problema se realiza desde la enfermería transcultural de Leininger y toma como referente teórico el modelo de tradicionales de salud de Spector, que enfatiza en el equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu necesarios para alcanzar la salud, dotando de entidad analítica todas las expresiones humanas que se derivan de los procesos congnitivos de la mente y las prácticas aprendidas en el contexto familiar y comunitario (Spector, 2002:33).

Participantes y metodología

Se realizó un estudio cualitativo de tipo descriptivo mediante relatos solicitados. Su

emplazamiento fue la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia (ENEO) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), posiblemente la más importante del país en cuanto a tamaño y número de egresados, y se realizó en el contexto de una actividad académica en la que participaron una treintena de maestras interesadas en profundizar en diversos aspectos de la antropología de los cuidados. Una vez expuestos los intereses de la investigación, se les invitó a las participantes a que aportasen un relato personal en el que narrasen una vivencia sobre la muerte que considerasen importante en su vida, pudiendo presentarlo por escrito o verbalmente, en cuyo caso se solicitó permiso para grabarlo. La participación fue voluntaria y finalmente se obtuvieron diez relatos, tres escritos (Guillén Velasco, 2002; Rodríguez Jiménez, 2002) y siete orales, que fueron expuestos en una sesión conjunta.

Una vez transcritos, se realizó un análisis descriptivo del contenido de los relatos, obteniéndose tres categorías principales: descripción de costumbres sobre la muerte, expresión de su imaginario cultural y el fenómeno de la transmisión de conocimientos. De ellas emanaron otras 36 subcategorías que permitieron reconstruir el discurso que las maestras tienen sobre la muerte y sus características. El tratamiento del texto se realizó mediante el programa de cómputo Atlas/ti.

Resultados

Todas las participantes fueron mujeres, en edades comprendidas entre los 20 y los 60 años. Aunque pequeña, la muestra es indicativa de la diversidad de territorios del país, dado que las informantes sitúan sus vivencias en emplazamientos tan diferentes como el estado norteño de Coahuila, donde las influencias de la cultura estadounidense son manifiestas, la costa del Golfo (Veracruz, región de El Tajin, estado de Tabasco), el Distrito Federal y sus alrededores (Xochimilco, Puebla, estado de Morelos), hasta el estado sureño de Chiapas. En la mitad de los casos los relatos narran un proceso de transferencia cultural en el seno de la familia motivado por dos circunstancias: (a) el cambio generacional, como es el caso de la abuela totonaca de Denis, que nunca aprendió a hablar español y que posee una cosmovisión precolombina; y (b) el proceso migratorio del campo a la ciudad o como consecuencia de la unión de los cónyuges procedentes de territorios muy distantes y con costumbres muy diferentes, como es el caso de Adriana, procedente de

Coahuila que se establece en el Distrito Federal con su esposo de origen veracruzano, o de Edda y Ana María, de padres norteamericanos afincados en México. El resto de maestras narran las costumbres de los muertos que tienen lugar en su lugar de origen (Martha Blanca, Amanda y María del Pilar), poniendo énfasis algunas de ellas en vivencias referidas a su niñez (Teresa, Sofía y Rocío). Dos de los relatos han sido publicados de manera autónoma (Guillén, 2002; Rodríguez Jiménez, 2002).

Morir para seguir viviendo

“Yo vine a la tierra a vivir y a gozar, pero esto no se termina aquí, esto se preserva después de la muerte y tengo el gusto y la dicha de volver a la tierra para que ese gusto se vuelva a dar en lo espiritual”, con estas palabras, puestas por Martha en el sentir de las gentes de Xochimilco, se pone de manifiesto el sentido vitalista con el que el mexicano afronta la muerte y su trasiego entre el más allá y el más acá. La abuela totonaca, que festejaba a los difuntos en marzo, decía que celebraba el milagro de la vida y en la ofrenda colocaba granos de lo que cultivaba y frutas silvestres, que luego enterraba como tributo a la tierra “por darnos la vida”.

El mexicano llora la muerte y la conmemora a la vez, pero siempre le suscita emociones muy intensas. Sufre cuando se la encuentra de frente a través del fallecimiento de un ser querido, entonces se revela contra ella, expresando su dolor con el llanto, gritando, enojándose, echando “furias contra Dios”, aunque se produzca tras un proceso largo de enfermedad y una lenta agonía dará muestras de sorpresa, de falta de preparación, porque no aceptará ese momento tan doloroso. Pero finalmente termina aceptando que la muerte es algo natural, que no supone una terminación sino el principio de una forma de “existencia” en otra dimensión que es permeable a los que continúan en este mundo, entonces la tristeza se torna en unas ganas incesantes de llamar a sus muertos para convivir de nuevo con ellos, y lo hacen conmemorándolos, tanto en espacios domésticos, a través de las ofrendas familiares, como en las visitas al panteón.

Si la tristeza de los primeros momentos se expresa a través del lloro y el lamento, el sentido trascendente de la muerte se expresa a través del ritual. En algunos lugares el funeral y el sepelio son una muestra del sentido comunitario que se da a la muerte, donde participa no sólo la familia, sino los amigos y allegados y sus familias al com-

pleto, con una variedad de emplazamientos (la casa, la iglesia, el cementerio) y de elementos (rezos, flores, alimentos, música, entretenimiento) que luego se van a repetir en las conmemoraciones festivas sobre la muerte. Amanda define como “fiesta social” la manera como celebran el fallecimiento de una persona en el estado de Morelos, por ser es uno de los momentos donde más se incrementan las relaciones sociales, sobre todo en el velatorio, donde además de rezos se hacen comidas colectivas con profusión de adornos florales y música, “preferentemente aquellas melodías que al difunto le hayan gustado”. Los jóvenes lo viven como un momento especialmente festivo, que les induce a realizar juegos de corte y seducción, siendo ocasión propicia para el noviazgo. Estas circunstancias se repiten tras el entierro y sobre todo en el novenario de los días que le siguen, a cuyo término se reanuda la fiesta, que culmina con la inhumación de una cruz simbólica de arena y flores que va creciendo con la aportación de los amigos del finado y cuyo levantamiento sirve para establecer relaciones de compadrazgo entre quienes participan en el ritual.

Otros manifiestan el sentido trascendente de la muerte al afirmar que en general las personas, especialmente los niños, los inocentes, los “angelitos”, cuando se van dejan un mensaje, y cada persona tiene la capacidad de analizar interiormente qué mensaje le ha dejado.

De la casa al panteón

“No conocemos a dónde van los muertos, pero a donde van necesitan auxilio, necesitan ayuda de oración espiritual para que ellos tengan luz en ese proceso que nos dicen que es oscuro, para que ellos puedan tener luz y ya puedan estar con nosotros nuevamente en forma espiritual”, así concibe Teresa su idea del más allá, como un lugar a la vez misterioso y cercano, a donde se va con billete de ida y vuelta. Sofía retoma el concepto católico del Purgatorio para señalar un espacio de sufrimiento provisional, de donde escapan las ánimas para solicitar ayuda a sus seres queridos, que a través de rezos y cantos pueden ayudarles a redimir los pecados cometidos en vida.

El mes de noviembre es el mes de las ánimas y en México es costumbre interrumpir las rutinas para prestar atención durante unos días a los espíritus familiares. Hay un itinerario animista que va desde la casa, lugar donde se reciben a las ánimas en privado, hasta el panteón, que es el sitio

donde se muestra públicamente la memoria viva hacia los muertos.

En los últimos días de octubre las familias hacen acopio de todo lo necesario para formar la ofrenda a los difuntos, un altar que se sitúa en el lugar más visible de la casa, sobre una mesa forrada de mantel y papel picado donde se van a colocar las fotografías de los difuntos familiares junto a sus objetos personales y los alimentos que más les gustaban, incluyendo la bebida, además del oloroso “cempasúchil”, la caléndula o flor de muerto, y una lámpara de aceite de higuierilla para que los espíritus se alumbren. Así lo cuenta Sofía:

“Las ánimas venían en forma de esqueletos vestidos de blanco con velas en las manos y había que marcarles el camino para que pudieran llegar, por eso se ponían en los altares enmarcados en un arco de hojas de plátano y palmeras de coco adornadas con flores y frutas, las velas encendidas, las flores de sem-pool y los inciensos de copal, las fotos de los difuntos, junto con la del santo de su devoción, así las aromas de las flores y su colorido, la comida, la sal y el agua formaban un ambiente muy especial donde se posarían para descansar y comer, y estar con sus seres queridos para luego regresar”.

Algunas personas suelen dejar dicho en vida a sus familiares sus preferencias para el altar, como lo hizo su tío Héctor, que era asmático: “Comadre, cuando me muera no se olviden de ponerme una cerveza en el altar, pero que esté al tiempo, porque fría me hace mal”. Pero en ese vagar por el mundo, las ánimas no siempre encuentran un arquito de cañas de azúcar o carrizos que les de la bienvenida, por eso muchos, como un acto de caridad, tienen la costumbre de poner un vaso de agua en la puerta, para que las ánimas descarriadas vean que alguien se acuerda de ellas aunque no tengan quien les lllore.

“Los muertos descansan y los vivos se sienten satisfechos de compartir ese espacio y haber cumplido con ellos”. El panteón se convierte así en un lugar de convivencia cuando llegan los días de muertos. Días antes, las familias se aprestan a preparar las tumbas: las barren, las pintan, siembran pasto y flores alrededor, las adornan con coronas de flores, naturales, de plástico o de papel, pero con profusión. En Tenosique, cuando llega el dos de noviembre, desde muy temprano “las familias llegan caminando de todas las partes en procesión hasta el panteón, que se encuentra a las

fueras del pueblo, para depositar las ofrendas, rezar y quemar las velas y esparcir el incienso de copal en las tumbas, en ellas la gente llora, conversa, ríe y toman cerveza, luego visitan las tumbas de los vecinos y conocidos”. Los espectáculos de luz con los miles de velas que iluminan los cementerios de noche, las comidas colectivas que se suceden un día tras otro, las músicas, todo ello se afronta con los ahorros del año y aún algunos llegan a endeudarse con tal de cumplir su compromiso con las ánimas.

Si en el ritual doméstico hay unanimidad en su sentido espiritual y sentimental, algunas maestras manifiestan abiertamente sus reservas ante los excesos del ritual colectivo del panteón. Teresa cuenta que “nuestra familia, cuando niños nos daba muchísimo miedo las consecuencias de lo que se veía en los panteones. La gente tomaba (alcohol) y no nos gustaba todo lo que como consecuencia había. Entonces eso nos hizo alejarnos un poco de las fiestas de los días de muertos”.

El saber heredado

“Yo creo que en esta vida es importante también ver nuestros orígenes y seguir nuestras costumbres para que los nietos puedan continuarla y no las perdamos”. La mayoría de las maestras otorgan gran importancia a la conservación de las tradiciones y por ello dedican una buena parte de su relato a explicar cómo les fueron transmitidas. Casi todas se remiten a su niñez y a sus padres como quienes les enseñaron el respeto que había que tener con los muertos, pero es durante las propias celebraciones del Día de Muertos o su preparación cuando se intensifica el fenómeno de la transmisión: “esta preparación transcurre con pláticas interminables generalmente por las noches, donde se narran las anécdotas de los difuntos de la familia, quienes los conocieron hacen exaltaciones de los sucesos así hayan sido reprobables, todo se le festeja; los que no, se lo imaginan de una manera tan exacta gracias a las descripciones que de ellos se hacen”. Rocío cuenta cómo en su niñez la narración de cuentos y leyendas sobre muertos era la excusa para reunir a los amigos y parientes alrededor de la mesa o en el quicio de la puerta, especialmente en noches donde la escenografía invitaba a las emociones “en esos momentos no había luz eléctrica y solamente la luz de la luna, cuando había, alumbraba las caras de susto que poníamos”.

Al menos en lo antiguo se daba mucha importancia a que los niños participasen en todos los rituales sobre la muerte y por ello

tenían espacios propios en los velatorios, en los rezos y en los panteones. Los niños aprendían a familiarizarse con la muerte a través del juego y la asociaban a relaciones de parentesco, a cortejos y coqueteos y a compadrazgos: “nos ponían a limpiar cascarones de huevos para llenarlos de confeti y papel de colores para llevarlos al panteón y romperlos en la cabeza de alguien que desde ese momento era nuestro compadre; de la preparación de los alimentos especiales para esos días, de cómo nos quedábamos en el panteón todo el día y noche oyendo la marimba, la misa y una fiesta en todo el sentido de la palabra”.

Algunas maestras no tienen referentes en su niñez porque nacieron en otros lugares con costumbres bien diferentes. Adriana cuenta su particular choque al trasladarse desde el norte de la República al Distrito Federal: al fallecer su madre una vecina le regaló una botella de aceite, que ella inocentemente utilizó en la comida del velatorio, descubriendo posteriormente que la verdadera intención era que hiciera una lamparilla o veladora para el muerto. La fuerza que tienen las tradiciones sobre los muertos en México es tan grande que termina atrapando incluso a los no iniciados. Es el caso de Edda y de Ana María, que en su infancia siguieron las costumbres de Halloween ya que alguno de sus padres eran norteamericanos. Al cabo de los años, cuando comenzaron a fallecer sus seres queridos una fuerza interior les indujo a poner su primer altar de muertos, costumbre que hoy han adoptado en la familia:

“Hace tres años murió mi mamá y a partir de que ella muere de pronto siento una necesidad pero inmensa de poner un altar... y a partir de ese año lo he puesto todos los años. Tengo un hermano que acaba de morir hace unos meses y entonces bueno este año también vi la necesidad de agregar en el altar la foto de mi hermano y sus cosas, pero este año sentí que mi mamá y mi hermano no eran mis únicos muertos, y entonces me di a la tarea de buscar las fotos de mis abuelitos, de tíos, etc”.

La adherencia a la nueva costumbre se manifiesta en el esfuerzo que realizan en transmitirla con un sentido de identidad familiar a las jóvenes generaciones: “en estos años que ya los nietos están casados y muchos han ido creciéndonos nos dimos a la tarea de festejar ahora en noviembre la ofrenda de los muertos para enseñar a nuestros hijos y a nuestros nietos cómo es la familia y cómo une en estas situaciones...

nos juntamos hermanos, nietos, y con la presencia de imágenes, las ofrendas, pues enseñarles a ellos, qué usaban ellos, qué les gustaba, cuáles eran sus juegos favoritos, sus prendas favoritas, y por qué los tenemos en nuestra casa como a un tesoro, ‘no, yo tengo esto porque era de tu abuelo’, y ellos van haciendo su propia historia con vivencias y recuerdos”. La eficacia de las narraciones de muertos en los niños se explica precisamente porque remiten a historias familiares, algo que les vincula emocionalmente y les hace ser interesantes.

La muerte elusiva

“Las abuelitas ya no pueden contarle historias creíbles a los niños porque la televisión está ocupando su tiempo y su espacio”. Como todas las manifestaciones populares, la Fiesta de Muertos y en general las costumbres sobre la muerte están en continua transformación, adaptándose a los nuevos gustos de la gente. En las maestras predomina el sentido tradicional e histórico de las costumbres, pero cuando se refieren a la situación actual algunas alertan de la creciente dependencia comercial que se observa en torno a la muerte y a sus manifestaciones culturales, así como su pérdida progresiva del sentido colectivo a favor de un individualismo enmascarado tras una concepción estrecha e invalidante de la familia. Los alimentos se compran preparados, como la mayoría de los componentes de la celebración, por lo que al final casi todo se reduce al puro comercio.

Pero lo peor es que la muerte está pasando a ser una cuestión institucional, despersonalizada, comercializada, siendo competencia exclusiva de los hospitales y de las funerarias, que la tratan profesionalmente. Ana María narra cómo tuvo que enfrentarse a su propia hermana para evitar que su padre sufriera la vejación de ser reanimado por un servicio de urgencias cuando estaba en su agonía, a pesar de que él había expresado su voluntad de morir en casa de una forma natural. Los mayores y los niños de ahora han dejado de convivir con el dolor y la despedida: “cuando la muerte se asoma a la familia, como que existe una gran conspiración por evitarles el dolor, el afrontamiento, la realidad de la vida”.

Discusión

Aunque la muestra no llegó a saturarse, en el sentido de que podían haberse obteni-

do mayor diversidad de costumbres sobre la muerte de haber continuado incrementando relatos, se considera suficiente para el objeto de la investigación, que era constatar la naturaleza del discurso de las maestras, en las que claramente se observa la persistencia de concepciones tradicionales obtenidas de su particularismo cultural frente a una posible visión disciplinar, otorgada por su formación académica como enfermeras. La inexistencia de un discurso asistencialista en torno a la muerte puede estar condicionado por la selección de las informantes, vinculadas a una actividad de antropología de los cuidados y por tanto más sensibles al discurso tradicional, y también por el hecho de haberse realizado la recogida de datos en los días cercanos a la celebración del Día de Muertos. A pesar de todo, tampoco hay referencias a las costumbres de la celebración en su sentido más grotesco e irreverente (las calacas callejeras, las ofrendas institucionales), lo que muestra el sentido interior y trascendente que la muerte tiene para las maestras.

En la descripción de las costumbres sobre la muerte, llama la atención la velada afirmación de la identidad cultural del mexicano (se hace así porque así somos), lo que emerge como reacción a visiones foráneas que llegan con un sentido neocolonizador, como es el caso del Halloween norteamericano. Aquí se da una gran contradicción: se asume que las tradiciones sobre la muerte son fruto del mestizaje, principalmente del sincretismo entre las cosmovisiones prehispánicas, la ritualidad de los colonizadores y la ideología católica, incluso se admite la diversidad de manifestaciones culturales en la diversidad de territorios de la República, sin embargo se muestra una oposición manifiesta hacia los referentes culturales "gringos". La posición defensiva se refuerza con la idea de la enculturación que se produce entre quienes llegando a México desde los Estados Unidos terminan adoptando inexorablemente las costumbres mexicanas. En principio todo es admisible, menos lo del vecino imperialista.

La visión animista de la muerte otorga sentido a todos los rituales que la acompañan, bien en su manifestación individual (el alma abandona el cuerpo muerto para seguir viviendo) como en la colectiva (las almas regresan una vez al año para encon-

trarse con los vivos). Las maestras, con independencia de lo que enseñan a sus alumnos sobre la *muerte-materia*, cuando la llevan a su terreno personal utilizan las concepciones tradicionales porque se adaptan más a su mentalidad y sus expectativas, que es *conmemorar* a sus difuntos. La visión *desalmada* de la muerte que ofrece el pensamiento biomédico pone énfasis todo lo más en el manejo del comportamiento y de los sentimientos de los vivos respecto al cuerpo muerto y se resuelve con la inhumación de éste, mientras que la concepción tradicional otorga sentido a una relación entre vivos y muertos que sólo se resuelve con la memoria. Por eso el ritual tradicional sobre la muerte, tanto individual como colectivo, tanto real como simbólico, está orientado a perpetuar la memoria sobre los muertos, conmemorando sus usos y costumbres, exponiendo sus fotografías y objetos personales, etc.

Llama la atención la preocupación que las maestras muestran sobre la transmisión de las concepciones tradicionales sobre la muerte, fijando algunas estrategias como fomentar la celebración con un sentido familiar y colectivo, que a su vez puede ser privado (ofrendas o altares familiares) o público (panteón). Nuevamente se trata de una respuesta a la concepción individual de la muerte que caracteriza a la institución asistencial. Los espacios colectivos son proclives a la transmisión de saberes, a la elaboración de narraciones que se van transmitiendo de unas generaciones a otras. En la estrategia de perpetuar la memoria juegan un importante papel los niños, a los que siguiendo el modelo tradicional se hacen partícipes del ritual de la muerte (nuevamente real y simbólica), procurando habilitar espacios propios y adaptados que sin ocultarles el lado doloroso y lúgubre logren una familiarización paulatina y continuada, algo que no ocurre en la concepción institucional, donde generalmente se les separa.

Finalmente podemos concluir que las maestras mexicanas en su posición ante la muerte logran conciliar la visión biológica que han obtenido de la disciplina enfermera, con las concepciones tradicionales que comparten en su vida familiar y están vivas en el resto de la sociedad. Se trata de un ejemplo muy claro de convivencia entre los

saberes científicos y los tradicionales, que no tienen razón para combatirse mutuamente, como parece obligado en las llamadas "sociedades desarrolladas". El relativismo con el que las maestras interiorizan sus sentimientos hacia la muerte les provee de una posición crítica tanto ante la visión reduccionista de la muerte asistible que se promueve desde el modelo biomédico, como ante el desarraigo en el que caen determinados rituales sobre la muerte cuando se desdota de su marco de referencia cultural. El resultado es un saber integrador, culturalmente compatible y socialmente útil que las maestras están en condiciones de transmitir a las nuevas generaciones de enfermeras.

Bibliografía

- Allué Martínez M (1985). La gestión del morir: hacia una antropología del morir y de la enfermedad terminal. *Jano*, 653:57-70.
- Argüello Sánchez J, González Montes G (2000). La muerte nos pela los dientes. Muerte, días de muertos, fiestas, humor y tradición oral. México: Ducere.
- Cerezo Galicia ML (2000). Enfermería y tanatología. *Desarrollo Científ Enferm*; 8(3):77-79.
- González Esperón LM (1997). La celebración de muertos en Oaxaca. Oaxaca: Instituto Oaxaqueño de Cultura.
- Guillén Velasco R (2002). Evocando la muerte desde la juventud. *Index de Enfermería*, 36-7: 42-3.
- Leininger M (1978). *Transcultural nursing: concepts, theories, and practices*. New York: Wiley.
- Manrique JA y otros (1994). *La Muerte. Expresiones Mexicanas de un enigma*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rodríguez Jiménez S (2002). Día de muertos en Tenosique. *Index de Enfermería*, 39:53-4.
- Spector RE (2002). *Las Culturas de la Salud*. Madrid: Prentice may.
- Turok M (2000). Entre calacas, calaveras y ofrendas. *Ritualidad y recreación en las festividades del Día de Muertos*. Tierra Adentro, 106:33-37.

Agradecimientos

A Martha Blanca Copca Garibay, Edda Alatorre Wynter, Adriana Silvia Guerrero de León, Denis Sánchez, Amanda Orozco Tagle, Teresa Candelaria Quezada Gudiño, María del Pilar Sosa Rosas, Ana María Ocelli González, Sofía Rodríguez Jiménez y Rocío Guillén Velasco, por haber accedido a compartir un trozo de su intimidad. De manera especial a Ana Pinson, por hacer de guía en el laberinto de los muertos en México.

Conoce los programas de formación a distancia en Metodología de Investigación Cualitativa y Práctica de Enfermería Basada en la Evidencia

www.index-f.com